De película

Los cines parroquiales se pusieron de moda en los años 50: además de atraer a la gente y alejarla de la *Casa* – comunista – *del pueblo*, se decía que el cine era un buen instrumento cultural. ¿En serio, lo es? ¡Capaz de sustituir a la escuela!, se dijo en los años veinte, como hoy de las *redes* sociales. Pero Milani en sus *Experiencias pastorales* (1958) pasó revista.

Lorenzo Milani

"Se afirma que, en cualquier caso, el cine, la televisión, etc. aumentan, por lo menos, el número de conocimientos. Poca ventaja sería si se piensa en el daño que supone deshabituar al pensamiento y a la lectura. Pero no confío siquiera en estos conocimientos; me parece muy dudoso que un pobre que haya visto a Napoleón en una película americana haya adelantado un solo paso en su preparación histórica.
Lo primero por la burda falta de fidelidad histórica que se usa en el cine. Segundo, porque la noticia recibida en una película no se puede utilizar, ni aun siendo verdadera, porque la sospecha le es desfavorable. Tercero, porque **faltando un entramado cultural precedente** (cronología, geografía, etc.), Napoleón no encuentra en la mente del pobre la casilla que le corresponde y cae en el vacío. No sirve de nada oír decir que Napoleón era emperador de Francia cuando no se sabe si Francia es una nación de Europa o una región de Italia. Más aún, cuando no se sabe si Francia es un territorio o una ciudad. Poned a vuestros aldeanos, atiborrados de cine y televisión, ante un mapa de Europa y pedidles que os lean nombres de naciones y ya veréis si no incluyen también los nombres de París y de Londres. Si hasta esa sensibilidad falta, ¿qué queréis que aprenda el pobre del cine o la televisión? Sí, aprenderá el nombre de alguna estrella, de algún campeón, de algún baile moderno; se hará una cultura especial en determinados campos muy limitados, unos más inútiles y malsanos que otros. El resultado será un hombre anormal, como un niño criado con hormonas que haya desarrollado hasta la madurez, o hasta la senectud incluso, una sola parte de su cuerpo, la menos noble, manteniendo todo la demás y, sobre todo la mente, en estado infantil.
En resumen, después de habernos quejado de que el nivel cultural de la prensa, cine, radio y televisión sea tan bajo, no tenemos mas remedio que quejarnos de que sea demasiado alto para nuestro pueblo. El mundo ha establecido (y lo demuestra muy particularmente en estos cuatro medios de difusión) un estándar de cultura popular, que presupone en el público. Lo ha establecido a un nivel del que la totalidad de nuestros labradores y un enorme número de obreros están completamente excluidos. Libros, periódicos, cine, radio, televisión, comicios y manifiestos políticos, publicidad comercial, se colocan todos por encima de esta línea (pp. 110-111).